

Los esclavos del siglo XX

Alderdi, 279. zk., 1972-10.

Los esclavos han sido hasta hace poco casi siempre negros.

Algunos han estado prejuiciados por esta dependencia social forzada del hombre de color, que han llegado a considerar al blanco, su amo, como el hombre de la raza primigenia. Así han pintado luego al Niño Jesús sus mejillas sonrosadas y su pelo rubio. Y nada más mentiroso. Jesús debió ser más bien moreno, y los últimos hallazgos antropológicos (*Time*, 18 de agosto de 1967) nos dicen que los primeros "seres humanos" no fueron blancos, sino que surgieron cerca del ecuador africano y "casi con toda certeza" eran de piel negra; parece ser que en contra de lo que han creído hasta ahora los antropólogos (la tesis de que la piel del hombre tenía primero color blanco y evolucionó hacia el negro como una protección natural de la piel contra las quemaduras del sol y el cáncer de la piel), parece ser, digo, que la primera piel del hombre fue de color negro y fue aclarándose para protegerse contra la deficiencia de la vitamina D, porque la piel negra permite el paso de los rayos ultravioletas del sol en una proporción mucho menor (3 a 36%) que la blanca (35 a 72%) y tan pronto como el hombre comenzó a emigrar más allá del paralelo 40 (más o menos la latitud de Madrid) fue entrando en una zona donde los jóvenes cazadores negros comenzaron a no tener ya fuerzas para cazar y las negras morían de los dolores de parto debido a una deformidad pélvica; en razón del clásico proceso darwiniano de la selección natural fue dando paso a una raza más apta para vivir en el norte.

Por tanto, si hay algunas diferencias de orden cultural, se deben no a factores étnicos, sino a otros de orden sociológico.

La prueba es que hoy, y por simple razón socio-política, los "esclavos" son blancos. Y no salen, claro es, por miles en los barcos a vela hacia América (se calcula que unos diez millones con destino sólo a Latino-América por este procedimiento durante el siglo XIX) sino en trenes y autobuses y coches y barcos con sus maletas de madera o de cartón a cuestas; los españoles han emigrado sobre todo a América, Argelia y Francia; desde 1901 a 1953 sumaron casi millón y medio; se calcula (hasta 1914) que mientras salían 70 italianos de cada 10.000 habitantes por necesidades de trabajar fuera de sus fronteras, había 54 de Noruega, 44 de Bélgica, 14 de Suiza, 3 de Dinamarca, 2 de Alemania y 120 *del Estado español*; luego, esto ha continuado, y de 1946 a 1957, España envió (todas estas cifras según datos contenidos en el Cuaderno 12 de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Madrid, febrero de 1966) 529.800 personas a buscarse su sustento fuera de sus fronteras. La misma prensa franquista de estos días (*La Voz de España*, 31 de agosto de 1972) se enorgullece de "Cerca de cuatro millones de emigrantes españoles, asistidos, hay en el mundo"; así dice el título, y añade: "En Europa se hallan más de millón y medio"; para terminar el triple titular a toda página diciendo lo que es, al parecer, honroso capítulo de subsistencia del

régimen español que padecemos: "A casi treinta y ocho mil millones de pesetas ascendieron las remesas enviadas a España por los trabajadores". Según el boletín *Comunidad Europea* de enero de 1972, el volumen de las ofertas de empleo de la Comunidad no han podido ser satisfechas alcanzó en 1971 la cifra record de 1.070.000, y han tenido que recurrir a importar mano de obra desde fuera de los países de la Comunidad Europea, y los suministradores de estos brazos han sido Grecia, Turquía, Yugoslavia, Portugal y *España*, país éste que sólo en 1970 han exportado 73.496 trabajadores.

Esta es la fuerza de trabajo que en tiempos de desarrollo socio-político diferentes han venido a sustituir a los esclavos negros de principios del siglo XIX.

En ambos casos son siempre, paradójicamente, los países menos desarrollados los que ceden estos brazos productores a los que están más adelantados. Pero, ¿cómo no se va a ir un trabajador del Estado español si, como lo dice la prensa española misma en estos días, "a partir de abril regirá el nuevo salario mínimo" de 156 pesetas diarias para un peón, y puede este sueldo diario bajar a 96 pesetas para aprendices de tercero y cuarto año y pinches de 16 y 17 años, y a 60 pesetas para los aprendices de primero y segundo año y pinches de 15 años?" No es de extrañar, pues que la prensa franquista diga (*La Voz de España* del día 20 de enero de 1972): "se ignora la existencia y paradero de los mozos que se relacionan pertenecientes al reemplazo de 1972 y nacidos en este término municipal de San Sebastián", y los nombrados uno a uno sumen más de 300; ¿dónde se han ido estos jóvenes? muchos andan huídos por razones elementales de dignidad política, y otros, que también son muchos, se han ido a algo mejor que servir al ejército franquista: a ganarse la vida en el destierro, con todas sus consecuencias.

Así se da el caso ciertamente trágico que la España Franquista que se presenta a sí misma opulenta vive de dos oficios de servidumbre: de enviar brazos de peón, de criada, de barrenderos de calles, de limpiadores de cloacas (caso corriente en Alemania, por ejemplo), porque la exportación de estos modestos y nobles brazos que tienen que hacer el trabajo pesado y sucio de Europa traen los dólares que nutren el arca de sus cacareadas divisas, las que también llegan (todos los caminos son buenos) al calor del sol que Dios puso sobre las cabezas y las manos esclavas de lavarles las mugres a esos europeos para los que trabajan en sus casas cuando llegan a tomar el sol.

De eso vive el Franquismo: *de servir* a Europa... tanto a domicilio como cuando llega a España vestido de turista.

Andoni Larreta [Martin Ugalde]